



Maria Sybilla Merian: en busca del insecto más hermoso

ADELA MUÑOZ PÁEZ

Mezcla de entomóloga, dibujante y tejedora, plantó a su marido y se fue hasta la lejana colonia holandesa de Surinam buscando insectos que produjeran un tejido tan delicado como la seda.

Maria Sybilla Merian, a pesar del enunciado que acabas de leer, no es una agresiva mujer de negocios del siglo XXI, ni siquiera una noble del XIX, sino la hija de un artesano alemán del XVII.

Nació en Frankfurt en 1647 y, siendo niña, aprendió dibujo y pintura en el taller de su padrastro. Su padre, un grabador e impresor holandés muy conocido, había muerto cuando ella tenía tres años. Se especializó en el dibujo de frutas, flores y pájaros, pero sentía especial predilección por moscas, mosquitos y arañas. Estos bichejos entonces no se consideraban animales porque pervivía la idea de Aristóteles de que los insectos salían directamente de los excrementos. Poco después de casarse con uno de los discípulos de su padrastro, se trasladaron a Nuremberg, donde cada uno montó su propio taller. En el suyo, que sólo admitía aprendizas, Merian experimentó con diversas técnicas y tejidos y desarrolló un nuevo tipo de acuarela que resistía múltiples lavados sin que los dibujos perdieran su belleza. En los años siguientes, mientras nacían sus dos hijas, publicó un libro de dibujos de flores, *Nuevo libro de flores*, y dos volúmenes que recogían los resultados de sus estudios de insectos, su pasión desde la niñez, *Maravillosa Metamorfosis* y *Especial*

nutrición de la oruga, donde puso de manifiesto tanto sus dotes como pintora como su capacidad de observación.

Tras casi 20 años de matrimonio, abandonó a su marido, llevándose a sus dos hijas, y se refugió en una colonia *labadista*, comunidad puritana protestante, donde también vivían su madre y su medio hermano. Según algunos periódicos de la época, se fue de la ciudad por los vergonzosos vicios de él. La colonia se disolvió a los pocos años, su madre y hermano habían muerto y Merian se trasladó con sus hijas a Ámsterdam, donde se dedicaron a fabricar tejidos coloreados y tintes que vendían a otros artistas. Allí conoció al director de los Jardines Botánicos y tuvo ocasión de estudiar las colecciones del Museo de Historia Natural de Ámsterdam, muchas de las cuales incluían insectos traídos de las Indias Orientales y Occidentales.

Pero Merian no se conformó con ver los insectos muertos y disecados. Ella estaba interesada en conocer cómo las orugas tejían capullos y se convertían en mariposas, por lo que no tuvo más remedio que embarcarse rumbo a las tierras calurosas y húmedas donde esos insectos vivían. Tenía 52 años y la acompañó su hija Dorotea. Allí se dedicó a recoger insectos en las primeras horas de la mañana y a cuidarlos y estudiarlos durante el resto del día, pintándolos y describiendo

SU OBRA TUVO MUCHO ÉXITO, SIENDO UNO DE SUS MAYORES ADMIRADORES EL ZAR PEDRO I DE RUSIA, QUE LLEGÓ A PAGAR POR UNA COPIA MÁS DE 3.000 FLORINES



GRABADO REPRESENTANDO UN FRUTO, MARIPOSAS Y UNA ORUGA, DE ANNA MARÍA SIBYLLA MERIAN, EXTRAÍDO DE SU LIBRO *METAMORPHOSIS INSECTORUM SURINAMENSIVM*, AMSTERDAM, 1705.

las plantas de las que se alimentaban. Pasó allí sólo dos años, porque la malaria casi la mata. No obstante, lo peor de su estancia fueron sus relaciones con los colonos holandeses, a los que ella criticaba por tratar muy mal a los esclavos. Hasta tal punto éstos se sentían maltratados, que muchos de ellos se suicidaban, mientras que otros amenazaban con no tener hijos para que no tuvieran que ser esclavos como ellos. De hecho, sus mujeres tomaban las semillas de una planta *Flos pavonis*, de propiedades abortivas.

Merian volvió a Ámsterdam en 1701 cargada de dibujos, insectos disecados y especímenes raros conservados en brandy, entre ellos un pequeño cocodrilo que fue descrito como “un insecto de aspecto feroz”. Con parte de esos bichos, el alcalde de Ámsterdam organizó una exposición y, con los fondos recaudados, Merian comenzó a trabajar en su principal obra científica: *Metamorphosis insectorum Surinamensium*, en la cual detalló los ciclos vitales de orugas, gusanos, polillas, mariposas, escarabajos, abejas y moscas de aquellas tierras. Esta obra tuvo gran importancia en una época en la que hacía sólo 30 años que el médico italiano Francesco Redi había puesto de manifiesto que los insectos salían de los

huevos y no de la podredumbre. Su trabajo no sólo estaba basado en un estudio minucioso, sino que, para hacerlo, no escatimó gastos, empleando “a los grabadores más famosos y el mejor papel, para que el entendido en arte y el amante de los insectos pueda estudiarlo con placer y alegría”. La obra tuvo mucho éxito en su época, siendo uno de sus mayores admiradores el zar Pedro I de Rusia, que llegó a pagar por una copia más de 3.000 florines.

Merian murió en 1717, tres años después de haber sufrido una apoplejía que la dejó parálitica, pero que no le impidió seguir trabajando. Pasó el tiempo y los “padres de la ciencia” de mediados del XIX, que no habían salido de la ciudad donde habían nacido, ni habían criado la infinidad de insectos que Merian alimentó, observó, dibujó y disecó con devoción, decidieron que una mujer que ni siquiera sabía escribir latín, no podía haber hecho un trabajo “serio”, por lo que la echaron de los templos de la zoología. Pero pasaron un par de siglos más y hoy Merian es aclamada como “el primer entomólogo empírico” y Alemania y Holanda la reclaman como ciudadana propia. Incluso su efigie ilustró billetes de 500 marcos. Pero quizás lo que más emoción del trabajo de Merian es la belleza de sus dibujos, la armonía de colores en la que los insectos emergen como verdaderos reyes de la naturaleza. ■

.....
Adela Muñoz Páez es catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla. Desde noviembre de 2008 tiene la página web hypatia.es, que recoge información sobre mujeres científicas de todos los tiempos, tema sobre el que da cursos y charlas y publica artículos de divulgación.